PABLO NORIEGA Y EDGAR GONZÁLEZ

Retórica, dialéctica y cambio de creencias Un nuevo punto de vista sobre la justificación de las teorías del debate*

“DIALÉCTICA” es, sin duda, uno de los términos más socorridos y más ambiguos en el discurso filosófico.¹ En especial, la preocupación por desarrollar una “dialéctica” entendida como teoría del debate,² de la argumentación en un contexto dialógico, es realmente notable en la historia del pensamiento occidental.³ Recordemos los *Tópicos* de Aristóteles,⁴ los tratados medievales de las obligaciones,⁵ y, más recien-

* Agradecemos a Mauricio Beuchot, Carlos Pereda, Walter Redmond, Javier Elguea y Wilebardo Lara, entre otras personas, su valiosa ayuda. Agradecemos también a la Fundación Arturo Rosenblueth y a la revista *Información Científica y Tecnológica* del CONACYT el interés demostrado por nuestro trabajo en torno a las teorías del diálogo.

¹ Para una revisión general de los diversos sentidos de “Dialéctica” v. Malatesta *Dialettica e logica formale*, Nápoles, liquore editore, 1982; Rescher *Dialectics*, Albany, NY State University Press, 1977; Abbagnano *et. al. La evolución de la dialéctica*, Barcelona, Martínez Roca, 1971.

² Utilizamos “debate”, “argumentación dialógica” y “disputa”, etc. de manera intercambiable, al margen de ciertas distinciones técnicas que entre ellas puede hacerse, v. Rescher *op. cit.*; Woods y Walton *Argument: the logic of the fallacies*, Ryerson, Toronto, Mc Graw Hill, 1982.

³ Sin que esto implique su ausencia en la tradición oriental, v. Hamblin *Fallacie*, Londres, Methaan, 1970; Dumitriu *A History of Logic*, Turnbridge Wells, Kient, Abacus Press, 1977. Para una visión general del desarrollo de las técnicas de discusión en Occidente v. Angelleli “The techniques of Disputation in the History of Logic”, *Journal of philosophy* 67, 1970, pp. 800-815.

⁴ Este punto de vista, de que los *Tópicos* conciernen a la teoría de la disputa ha sido defendido con distintos argumentos, v. Bosley *Aspects of Aristotle's Logic*, Assen, Van Gorcum, 1975; Beuchot “La teoría de la argumentación de Aristóteles”, *Revista de filosofía de la UIA* 52, 1985, pp. 79-85; W.A. De Pater *Les Topiques D'Aristote et la Dialectique Platonicienne*, Friburgo, Etudes thomistes, 1965; J.D.G. Evans *Aristotle's concept of Dialectic*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; Mc Kinney “The Origins of Modern Dialectics”.

⁵ V. e.g. Alberto de Sajonia *Perutlis Logica*, México, UNAM (en preparación);

temente, los trabajos de Lorenzen,⁶ Rescher,⁷ Perelman,⁸ Hamblin,⁹ Woods y Walton,¹⁰ por mencionar sólo algunos de los más destacados teóricos actuales de la disputa.¹¹ Las consi-

Pedro Hispano *Tractatus sive Summule Logicales*, Assen, Van Grocum, 1972. Para una exposición general del juego de las obligaciones v. Hamblin *op. cit.*; Angellei art. cit.; Dumitriu *op. cit.*; Philoteus Bochner *Medieval Logic. An Outline of Its Development from 1250 to c. 1400*, Chicago, The University of Chicago Press, 1952. Una amplia biografía concerniente a este tema puede encontrarse en E.J. Ashworth *The tradition of Medieval Logic and Speculative Grammar*, Toronto, Pontifical Institute of Medieval Studies, 1978.

⁶ Paul Lorenzen *Normative Logic and Ethics*, Zurich, Bibliographisches Institut, 1968; *Metamatemáticas*, Madrid, Tecnos, 1971; *Pensamiento metódico*, Buenos Aires Sur, 1971; *Formal Logic*, Dordrecht, Reidel, 1965.

⁷ *Op. cit.*

⁸ Chaim Perelman y L. Olbrechts-Tyteca. *The New Rhetoric A Treatise on Argumentation*, Notre Dame, Notre Dame University Press, 1976; Chaim Perelman *The New Rhetoric and the Humanities*, Dordrecht, Reidel, 1979; *The Idea of Justice and the Problem of Argument*, Londres, Reutledge and Kegan Paul, 1963; *The realm of Rhetoric*, Notre Dame-Londres, Notre Dame University Press, 1982; "La nouvelle Rhetorique comme theorie philosophique de l'argumentation", *Actas del Segundo Congreso Internacional de Filosofía*, México, UNAM, 1962.

⁹ *Op. cit.*

¹⁰ *Op. cit.*; v.t. Woods y Walton "Arresting circles in Formal Dialogues", *Journal of Philosophical Logic*, 7, 1982, pp. 73-90; "Question Begging and Cumulativity in Dialogical Games" *Nous*, 16, 1982, pp. 585-600; Douglas Walton *Topical Relevance in Argumentation*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins, 1982, v.t. la reseña de Edgar González a esta última obra (*Revista de Filosofía de la Universidad Iberoamericana*, 49, 1984, pp. 215-9).

¹¹ La cada vez más abundante investigación reciente en torno a la "dialéctica" entendida como teoría del debate se ha orientado en distintas direcciones; mencionaremos algunas de ellas. Por un lado, la recuperación del patrimonio lógico de la Edad Media y del Renacimiento (v. Vicente Muñoz Delgado "Introducción al patrimonio escolástico de lógica", *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, II, 1975, pp. 45-75; E.J. Ashworth *Logic and Language in the Postmedieval Period*, Dordrecht, Reidel, 1974) ha motivado un renovado interés por la interpretación y el análisis de las teorías de la disputa durante estos periodos, v. e.g. Walter J. Ong *Ramus method and the decay of dialogue*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983; Mauricio Beuchot "La tónica dialógica de Fray Alonso de la Veracruz" (Ponencia presentada en el Coloquio de Filosofía del Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1985); Eleonore Stump *Boethius's De topicis differentiis*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1978. También por intereses históricos, se han estudiado tópicos como la teoría del debate subyacente en Galileo, v. e.g. Maurice Finnochiaro "The concept of *ad Hominem* argument in Galileo and Locke", *Philosophical Forum*, 5, 1974, pp. 394-404; Galileo and the art of reasoning *Rhetorical Foundations of Logic and Scientific Method*, Dordrecht Reidel, 1980; v.t. W. Lovell Wisan "On argument *Ex Suppositione Falsa*", *Studies in History and Philosophy of Science*, 15, 1984, pp. 227-36.

Por otro lado, el estudio del debate jurídico, propiciado por la obra de Perelman y, sobre todo, de Toulmin (*The uses of argument*, Cambridge, Cambridge University Press, 1958) también ha conducido a un creciente interés técnico por las condiciones dialógicas de una argumentación, v. e.g. Hanni Woodbury "The strategic use of

deraciones desarrolladas por ellos conforman modelos formales de argumento según los cuales, para caracterizar un argumento es necesario identificar no sólo sus premisas y su conclusión, sino también el papel que juega como locución en un diálogo y, así, hay que tomar en cuenta elementos tales como los sistemas de creencias de quienes discuten y el “protocolo” del diálogo (el conjunto de reglas concernientes a la pertinencia de las locuciones emitidas en cada momento del diálogo, la distribución de la “carga de la prueba”, la terminación del diálogo, etc.)¹²

Ahora bien, tan antigua como el interés por desarrollar este tipo de modelos, ha sido la sospecha de que ellos no tienen, en realidad, un campo de aplicaciones, es decir, que la estructura dialógica de una argumentación jamás recupera características epistémicas de interés y que, por ende, podemos prescindir siempre de ella y reconstruir o analizar cualquier argumento, aun aquellos que de hecho se presentan en forma

questions in court”, *Semiotica*, 48, 1984, pp. 197-228; Mieczyslaw Maneli “The New Theory of Argumentation and American Jurisprudence” *Logique et Analyse*, 1985, pp. 159-77; Roberta Kevelson “Semiotics and the art of conversation. Legal arguments as prototypes of discursive structure” *Semiotica*, 32, 1980, pp. 53-80.

Se han desarrollado también una serie de investigaciones lingüístico-filosóficas sobre las condiciones de posibilidad y la estructura del diálogo, lo mismo que sobre descripciones de juegos dialógicos particulares; quizás el caso paradigmático de este tipo de indagaciones es “Logic and Conversation” de Paul Grice (en Donald Davidson y Gilbert Harman (eds.) *The Logic of Grammar*, Encino, Cal., Dickinson, 1975) y, entre otras, podemos mencionar: Ernest Stetch “The analysis of conversational topic sequence structures” *Semiotica*, 39, 1982, pp. 75-91; Geoffrey Beattie “The regulation of speaker in face to face conversation. Some implications for conversation in sound only communication channels” *Semiotica*, 34, 1981, pp. 50-70.

Dentro de lo que actualmente suele llamarse “Teoría de la Argumentación” o, con un término menos afortunado, “Lógica informal”, el estudio de la argumentación en contextos dialógicos ha sido notable; v. e.g. J.D. Mackenzie “The dialectics of Logic” *Logique et Analyse*, 1985, pp. 159-77. Los trabajos de Woods y Walton, lo mismo que los de Hamblin se inscriben en esta corriente.

Finalmente, dentro del análisis más específico de la argumentación filosófica, también han jugado un papel importante los planteamientos referentes a la argumentación dialógica, v. Johnstone (*infra*, sec. (I))

¹² Para una descripción del “protocolo” del diálogo v. Rescher *op. cit.*; Woods y Walton *op. cit.*; Hamblin *op. cit.*; v.t. Edgar González y Pablo Noriega “Los sistemas dialógicos y algunas de sus aplicaciones” *Actas de la Segunda Reunión de Inteligencia Artificial*, México, Fundación Rosenblueth, 1985.

En Edgar González y Carlos Pereda *Técnicas de investigación*, México, Herre-ro, 1986, se reseñan y ejemplifica las principales formas del protocolo dialógico.

de diálogo, como una simple sucesión de premisas y conclusión.¹³

Una manera tradicional de enfrentar dicha dificultad ha sido la de argüir que las nociones de "retórica", entendida como teoría de la argumentación persuasiva, y "dialéctica", en el sentido que aquí nos interesa, se hallan estrechamente ligadas, de tal manera que una argumentación retórica sólo puede reconstruirse mediante un modelo dialógico y, además, que los contextos retóricos de argumentación presentan ciertas características epistémicas distintivas.

En este trabajo intentaremos, por un lado, mostrar que la defensa tradicional de las teorías del debate no es válida y, por otra parte, sugerir una nueva justificación, postulando ciertas relaciones *no* entre la argumentación retórica y la argumentación dialógica, sino entre ésta y el fenómeno de la dinámica de los sistemas de creencias de los participantes en un diálogo. Así, la sección I de este ensayo está dedicada a presentar más ampliamente la defensa tradicional de la teoría del debate, mientras que las secciones II y III corresponden, respectivamente, a los puntos que hemos destacado.

I

Desde diversos puntos de vista, se ha sostenido la existencia de contextos de argumentación que son esencialmente retóricos en virtud de ciertas características epistémicas que les son peculiares.

¹³ No intentaremos esbozar siquiera la historia de esta oposición a las teorías del diálogo. Baste decir que entre muchos comentaristas de Platón y de Aristóteles, por ejemplo, Werner Jaeger (*Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, México, F.C.E., 1946) y Richard Robinson (*Plato's earlier Dialectic*, Oxford, Clarendon Press, 1953; "Begging the question, 1971" *Analysis*, 32, 1972, pp. 197-99) llegó a ser un lugar común la afirmación de que las reflexiones que hace Aristóteles en los *Tópicos* en torno a la argumentación dialógica reflejan sólo un prejuicio adquirido en la estancia de Aristóteles en la Academia y que carecen por sí mismos de valor alguno, siendo importantes sólo en la medida en que anticipan la silogística, expuesta en los *Primeros analíticos*. La oposición a la dialéctica fue importante también durante el Renacimiento y la encontramos insinuada también en autores neo-escolásticos como Fray Jerónimo de Feijoo (*Obras*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, esp. "Desenredo de sofismas"; v.t. Edgar González y Mauricio Beuchot "Fray Jerónimo de Feijoo y las falacias aristotélicas" *Nova Tellus*, de próxima aparición) v.t. Juan Luis Vives *Contrapseudodialécticos*, Dordrecht, Reidel, 1979.; Ong *op. cit.*

Por un lado, Chaim Perelman,¹⁴ recogiendo una larga tradición,¹⁵ señala que en el alegato jurídico, lo mismo que en la argumentación filosófica, se intentan justificar proposiciones que son radicalmente inciertas, esto es, proposiciones para las cuales no existen criterios fuertes de evidencia;¹⁶ rememorando el *Eutifrón*, Perelman afirma que si bien podemos decidir con certeza acerca del peso o longitud de un objeto dado y, más aún, *demostrar* (establecer conclusivamente a partir de principios aceptados como evidentes) proposiciones como “ningún cuadrado es redondo” no podemos hacer lo mismo con enunciados como “esta acción es buena”. Si queremos justificar nuestra creencia en esta última proposición, tendremos que hacerlo retóricamente, es decir, tratando de persuadir de su verdad a cualquiera que la impugne.¹⁷

¹⁴ V. esp. *The Idea of Justice and the Problem of argument*, cap. XI (“The Dialectical Method and the part played by the interlocutor in Dialogue”); *The realm of Rhetoric*, *passim*; “La nouvelle Rhetorique come théorie philosophique de l’argumentation”. El pensamiento de Perelman, hay que admitirlo, es oscilante y, en ocasiones, algo obscuro; sin embargo, la interpretación que aquí desarrollamos de sus planteamientos sobre las relaciones entre retórica y dialéctica es bastante usual; v. e.g. Maneli art. cit.; v.t. *La nouvelle rhetorique. Essais in hommage a Chaim Perelman, Revue Internationale de Philosophie*, 33, 1979.

¹⁵ Perelman reconoce explícitamente que sus planteamientos se inspiran en la *Retórica y en los Tópicos* de Aristóteles, y podemos hallar planteamientos cercanos a los de Perelman también en diversos tratados posteriores de retórica; considérese, por ejemplo, el siguiente pasaje de la *Retórica en Lengua Castellana* de Miguel de Salinas: En el género deliberativo o suasorio háse de tener primeramente cuidado de mirar qué sea y de qué cualidad lo que queremos persuadir, y quiénes los que oyen, y quienes somos los que hablamos. Porque, aunque no se hayan de persuadir sino cosas honestas, de una manera se han de persuadir a los honestos, de otra a los malos; de una a los que están corrompidos con falsas opiniones, y de otra a los que solamente están dudosos (en Elena Casas (ed. *La retórica en España*, Madrid, Editora Nacional, 1979, p. 110).

Para una visión más completa de los puntos de contacto entre Perelman y la tradición, v. N. Abbagnano *et. al. op. cit.*; Perry Miller *The New England Mind*, Londres Harvard University Press, 1982; Ong *op. cit.*; Stump *op. cit.*; R.H. McKinney “The origins of modern dialectics” *Journal of the History of Ideas*, 44, 1983, pp. 179-90.

Por otra parte, las ideas de Perelman sobre la relación entre la falta de certeza y la necesidad del diálogo se encuentran también en la tradición jurídica (cuya influencia reconoce Perelman mismo) V. e.g. Gian Antonio Micheli *La carga de la prueba*, Buenos Aires, Ediciones jurídicas Europa-América, 1961.

¹⁶ Vid. Perelman art. cit.; v.t. *The Idea of Justice*..., cap. VI (“Self evidence and Proof”).

¹⁷ Vid. Perelman art. cit.; *The Idea of Justice*..., caps. V-XII; *The realm of Rhetoric*, *passim*, *The New Rhetoric*, *passim*.

Por otra parte, y también inspirándose en una notable tradición,¹⁸ Johnstone¹⁹ señala que la argumentación filosófica es esencialmente retórica. Las tesis filosóficas, afirma Johnstone, se presentan como parte de concepciones tan generales que incluyen criterios para decidir acerca de lo que en cada caso debe considerarse como evidencia en favor o en contra de una tesis dada; así, quien intente *demostrar* o *refutar conclusivamente*²⁰ una tesis filosófica, incurrirá en una *petitio*

¹⁸ Como en el caso de Perelman, esta tradición parece tener su origen en Aristóteles; en efecto, en la *Metafísica*, Aristóteles hace la distinción entre argumentar directamente y argumentar *ex concessis*, así, al referirse a la justificación del principio de no contradicción, Aristóteles señala:

...Exigen, ciertamente, algunos, por ignorancia, que también esto (el principio de no contradicción) se demuestre; es ignorancia, en efecto, no conocer de qué cosas se debe buscar demostración y de qué cosas no ... Pero se puede demostrar por refutación también la imposibilidad de esto (de que algo sea y no sea al mismo tiempo), con sólo que diga algo el adversario; y, si no dice nada, es ridículo tratar de discutir con quien no puede decir nada, en cuanto que no puede decirlo; pues ese tal, en cuanto tal, es por ello mismo semejante a una planta. Pero demostrar refutativamente digo que no es lo mismo que demostrar porque, al demostrar, parecería pedirse lo que está en el principio; pero, siendo otro el causante de tal cosa, habría refutación y no demostración... (Aristóteles *Metafísica*, Gredos, Madrid, 1982, IV, 4).

Puede obtenerse una visión histórica general de la tradición que anticipa los planteamientos de Johnstone a partir de: E.M. Barth y J.L. Martens "Argumentum ad hominem: from chaos to formal dialectic" *Logique et Analyse*, 77-8, 1977, pp. 76-96.

Por otra parte, podemos hallar ciertas conexiones ente los planteamientos de Johnstone (v. *infra*) acerca del carácter autovalidatorio de los sistemas filosóficos y las reflexiones de Polanyi sobre la estabilidad o circularidad de un sistema de creencias suficientemente general (Vid. Michael Polanyi *Personal Knowledge. Towards a Post-critical Philosophy*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1959, pp. 291 ss), de Kuhn sobre la noción de "paradigma" ("...Ninguna de las partes involucradas en una discusión concerniente a un cambio de paradigmas) dará por sentadas todas las suposiciones no empíricas que necesita la otra para poder desarrollar su argumento..." Thomas Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F.C.E., 1978, p. 230) y de Lákatos acerca de la presencia de hipótesis *ad hoc* en el desarrollo de un "programa de investigación" (Vid. Imre Lákatos "La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales" en Imre Lákatos y Alan Musgrave (eds.) *Crítica y conocimiento*, Barcelona, Grijalbo, 1975).

¹⁹ *Philosophy and Argument*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 1959; *Validity and Rhetoric in Philosophical Argument*, Pennsylvania, The Free Press of Man and World, 1977; v.t. la reseña de Edgar González a esta última obra (*Investigación humanística*, 1, 1985, pp. 258-63).

²⁰ Vid. *supra*, n (18) Demostrar o refutar conclusivamente es hallar premisas suficientes para establecer la verdad, o la falsedad, respectivamente, de una proposición.

*principii*²¹ y, por consiguiente, según Johnstone, dichas tesis podrán justificarse sólo de manera retórica.

Una vez establecida la existencia de contextos argumentales que son esencialmente retóricos en virtud de características epistémicas que les son peculiares (la falta de criterios fuertes de evidencia para establecer la verdad de una proposición, en un caso, y la "circularidad" inherente a un sistema de creencias suficientemente general en el otro),²² suele aducirse²³ que es un contrasentido intentar convencer a un adversario sin tomar en cuenta aquellos principios que él acepta como verdaderos, de donde inmediatamente se seguiría, según quienes desarrollan estas consideraciones, que una argumentación retórica, caracterizada por dichas condiciones epistémicas, sólo puede reconstruirse mediante consideraciones dialógicas.²⁴

Sin embargo, como a continuación se intentará establecer, esta línea de defensa de la dialéctica está abierta a objeciones fundamentales.

II

No discutiremos aquí las afirmaciones de Perelman y Johnstone de que un contexto caracterizado por ciertas propiedades epistémicas es esencialmente retórico.²⁵ Lo que intentaremos

²¹ Existe una multiplicidad, o aparente multiplicidad de nociones de "petición de principio". Para una reseña de ellas v. e.g. John Woods y Douglas Alton "*Petitio principii*" *Synthese*, 31, 1975, pp. 107-27; Hamblin *op. cit.*, *passim*; Humphrey Palmer "Do circular arguments Beg the Question?" *Philosophy*, 56, 1981, pp. 387-94; Edgar González "Argumentos de petición de principio: una revisión histórica" *Revista de Filosofía de la Universidad Iberoamericana*, 55, 1986, pp. 59-70. La noción que se utiliza en el argumento de Johnstone, y que encontramos ya en la *Lógica de Port Royal*, lo mismo que en las *Institutionem Dialecticarum* de Francisco Titelman (Lugduni, 1545) es la siguiente: se comete petición de principio si se toman como premisas afirmaciones que nuestro oponente no nos ha concedido (nótese que la utilización por parte de Johnstone de esta noción de petición de principio parece hacer su propio argumento de petición de principio; a este respecto v. la reseña de Edgar González a *Validity and Rhetoric*...).

²² Esta última terminología se inspira en Polanyi (*Loc. cit.*).

²³ Tanto en el caso de Perelman como en el de Johnstone.

²⁴ Especialmente por parte de Perelman y de sus intérpretes (V. *La Nouvelle Rhétorique. Essais.... passim*). La inferencia es menos clara en el caso de Johnstone.

²⁵ En el sentido de que un contexto con tales condiciones epistémicas sólo admite de una argumentación retórica.

probar es que la identificación de un contexto con esas características como esencialmente dialógico es errónea.

Así, presentaremos dos situaciones contrafácticas en las cuales se satisfacen las condiciones epistémicas que Perelman y Johnstone establecen y en las que, sin embargo, la argumentación correspondiente puede, en ambos casos, reconstruirse sin apelar a consideraciones dialógicas.

En primer lugar, supóngase que un sujeto, S_1 , intenta justificar una proposición p ante otro sujeto, S_2 , quien no cree que p o, más aún, cree que no p ; supóngase, además, que el contexto en el cual S_1 y S_2 discuten satisface alguno de los requerimientos epistémicos mencionados por Perelman y Johnstone como característicos de una argumentación esencialmente retórica (así, S_1 no puede demostrar p y debe limitarse a tratar de convencer a S_2 de la verdad de p). Supóngase, finalmente, que el sistema de creencias de S_2 permanece inmutable a lo largo de la discusión entre S_1 y S_2 , hasta el momento en que S_2 se convence de la verdad de p , si es que esto llega a suceder (notemos que este último supuesto es consistente con los planteamientos de Perelman y Johnstone).²⁶

²⁶ Este argumento, lo mismo que el concerniente a la posibilidad de la impugnabilidad abierta por parte de S_1 (v. *infra*, p. 6) presenta, quizás, paralelos muy notables con otros razonamientos desarrollados en contextos distintos. En lo que sigue nos arriesgaremos a trazar algunos de ellos.

Las situaciones contrafácticas a las que apelamos como contra ejemplos parecen corresponder, utilizando la terminología usual en teoría de juegos, a juegos bipersonales, *generales*, de suma cero. Las condiciones a las que apelan Perelman y Johnstone garantizan sólo la existencia de un juego bipersonal, finito, *de información perfecta*, de suma cero. Nuestra refutación corresponde, utilizando esta terminología, a la bien conocida observación de que en este tipo de juegos hay siempre una estrategia ganadora Cf. e.g. Morton Davis *Teoría de juegos*, Madrid, Alianza, 1981, p. 40 ss.

Por otra parte, la idea de que las acciones de los sujetos involucrados en un proceso social afectan el resultado mismo del proceso ha sido utilizada para mostrar la no aplicabilidad de una metodología deductivista a las ciencias sociales, mediante argumentos que son muy similares a los que aquí desarrollamos (para observar la analogía, basta generalizar "disputa" a "proceso social", "locución" a "acción"; a este respecto v. e.g. Jürgen Habermas *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Península, 1985, esp. cap. III "Ética del discurso. Notas sobre un programa de fundamentación"). Para una exposición clara y brillante de este tipo de razonamientos v. T. W. Hutchinson *Sobre revoluciones y progresos en el conocimiento económico*, México, F.C.E., 1985; *Conocimiento e ignorancia en economía*, México, Premiá, 1979.

Finalmente, cabe destacar que algunos de los argumentos de Feyerabend en favor de la "proliferación de teorías" (V. Paul K. Feyerabend "Cómo ser un buen empirista" en Nidditch (ed.) *Filosofía de la ciencia*, México, F.C.E., 1975; v.t. "Con-

En la situación descrita, aun cuando, por hipótesis, se satisface alguno de los requerimientos mencionados por Perelman y Johnstone, la estructura dialógica de la argumentación correspondiente resulta fácilmente eliminable. En efecto, si el sistema de creencias de S_2 ha de permanecer inmutable a lo largo de su discusión con S_1 , la única forma que S_1 tiene de convencer a S_2 acerca de p es la de argumentar tomando como premisas solamente los enunciados que S_2 se ha comprometido, desde un principio, a aceptar. La argumentación de S_1 , en caso de ser exitosa, constituirá, atendiendo a las condiciones postuladas por Perelman, una demostración de p en la cual se parte no de principios autoevidentes sino de proposiciones que para S_1 resultan evidentes; en el caso de las condiciones que Johnstone menciona, tomará la forma de una reducción al absurdo a partir de los planteamientos aceptados por S_2 .

Análogamente, podemos pensar en una situación en la cual la movilidad del sistema de creencias de S_2 no esté limitada, pero sí lo esté el número o la calidad de las proposiciones que S_1 puede impugnar. En este caso, S_1 podría "calcular" de antemano si es o no posible que S_2 ajuste su sistema de creencias de tal manera que pueda responder adecuadamente a sus objeciones (más aún, si no hay limitaciones respecto a la duración de la discusión, parecería que S_2 puede siempre enfrentar las objeciones de S_1); nuevamente, S_1 podría desarrollar su argumentación haciendo abstracción de las respuestas que de hecho da S_2 a cada una de sus locuciones o bien según el caso, darse de antemano por vencido.

Así, podemos afirmar que la incertidumbre radical o la "circularidad" presentes en ciertos contextos de argumentación no bastan para concluir que ellos requieren, necesariamente, de un modelo dialógico, aun cuando dichas características fuesen suficientes para garantizar el carácter esencialmente retórico de tales contextos de argumentación.

suelos para el especialista" en Lákatos y Musgrave (eds.) *op. cit.*; *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1976; *Tratado contra el método*, Madrid, Tecnos, 1981) pueden verse también como formulaciones de los argumentos que aquí presentamos, sobre todo en la crítica de Feyerabend a Lákatos, pues el sostener un criterio de "racionalidad instantánea" puede hacerse equivalente a limitar la movilidad de los sistemas de creencias de los participantes en una discusión.

III

En la sección anterior, hemos intentado mostrar que la defensa tradicional de las teorías del debate no es conclusiva. Propondremos aquí una defensa alternativa.

Hemos dicho que bajo supuestos que restringen la movilidad de los sistemas de creencias de quienes participan en una discusión, es decir, que limitan el número o la calidad de las proposiciones sobre las que puede argumentarse a lo largo de ella, dicha argumentación puede reconstruirse de manera no dialógica, y podríamos preguntarnos si la condición contraria, la movilidad no restringida de los sistemas de creencias de los participantes, garantiza la necesidad de una reconstrucción dialógica. Creemos que la respuesta a esta interrogante es afirmativa, pues si la condición de movilidad se cumple, entonces, ninguno de los participantes en la discusión podrá emitir locución alguna haciendo abstracción de las posibles respuestas de su adversario y, así, la discusión no podrá reconstruirse identificando cada argumento presente en ella como una simple sucesión de premisas y conclusión, en abstracción de consideraciones relativas a los estados de los sistemas de creencias de los participantes.

Desde luego, alguien podría objetar de inmediato, y razonablemente, que la movilidad *absoluta* de los sistemas de creencias de quienes participan en una discusión es un supuesto implausible o, más todavía, contradictorio, y que nosotros parecemos sugerir tal movilidad absoluta. Sin embargo, la dificultad desaparece al considerar que si bien a nivel focal, esto es, en cada etapa de una discusión, hay conjuntos de creencias que se mantienen estables a nivel global, los sistemas de creencias de los participantes pueden cambiar sin que sea posible especificar de antemano cuáles de las creencias pertenecientes a ellos cambiarán a lo largo de la discusión considerada en su totalidad, es en este sentido que hablamos de movilidad no restringida. Así, el modelo dialógico recuperaría la dinámica de una argumentación que de hecho se presenta en forma de disputa, mientras que el modelo estándar, en el cual interesa distinguir sólo premisas y conclusión, recuperaría la

estructura de la disputa a nivel focal, por decirlo así, sus "microestructuras".

Queda un último punto por discutir: ¿existe realmente algún contexto de argumentación que tienda a satisfacer en medida considerable la condición de movilidad? Creemos, de nuevo, que la respuesta es afirmativa; para establecer esto consideremos otros dos aspectos de una argumentación que, de acuerdo con Comte,²⁷ podríamos llamar su aspecto "positivo" y su aspecto "negativo" o "crítico": su finalidad de establecer resultados y la de ponerlos a prueba. Evidentemente, los sistemas de creencias de quienes entablan una discusión serán tanto más dinámicos cuanto la finalidad de tal discusión no sea positiva sino crítica. Ahora bien, podríamos pensar en la demostración matemática y en la argumentación sofística (en la cual los participantes pueden defender simultáneamente, aunque con razones distintas, ambos polos de una contradicción)²⁸ como paradigmas de los aspectos positivo y crítico, respectivamente. La argumentación filosófica, en la medida en que se acerca a la segunda de ellas²⁹ viene a ser un importante campo de estudio de la "dialéctica" entendida como teoría del debate.

²⁷ Augusto Comte *Discurso sobre el espíritu positivo*, Madrid, Alianza, 1980, cap. I part. 10-15.

²⁸ Cabe enfatizar que utilizamos "sofística" sólo en el sentido explicitado y no en el más usual de "argumentación falaz".

²⁹ No discutiremos aquí si en realidad la argumentación filosófica es predominantemente "sofística", sólo diremos que esta aserción corresponde a la fuerte y problemática intuición, presente en toda la tradición filosófica, de que los problemas filosóficos son, de alguna manera, insolubles.